

ras veces que se habla en público. Debe hacer lo que se practica con la barca amarrada á la orilla del rio y con que se pretende navegar; que se la ayuda con los remos, hasta dejarla flotante y ponerla en un punto en que pueda caminar con solo el impulso de la corriente. Fuera de esto, no hay una situacion mas expuesta y embarazosa, que la del orador que lleva aprendido de memoria un discurso. Todo le impone, todo le turba, cualquier accidente le desconcierta; y si una vez tiene la desgracia de perder el hilo de sus recuerdos, mas se oscurecen estos, cuanto mas se afana y porfia por volverlos á encadenar. Toda su presencia de espíritu viene á tierra, y esta es una escena tan deplorable y mortificadora para él, como para los demás que sirven de espectadores. Aunque logre escapar de este naufragio; aunque por una casualidad feliz y poco frecuente, el discurso preparado y aprendido cuadre bien con el estado de la cuestion en el momento de pronunciarlo, no se obtendrá otra cosa que una recitacion lánguida y fria, desnuda del calor que ya se disipó en las preparaciones, y despojada de todo el interés que continuamente arrojan los incidentes del debate. Algunos toman esta funesta precaucion por miedo, y no hay nada tan expuesto y arriesgado. Del orador que fia á su memoria el discurso que quiere pronunciar, con todas las apariencias de una produccion súbita y espontánea, ha dicho Timon en su libro de los oradores: "Que no siente el dios interior, el dios de la Pitonisa, que agita y oprime; que es el hombre de la víspera y no el hombre del momento; el hombre del arte, y no el de la naturaleza; que en una palabra, es un cómico que no quiere parecerlo, siendo él mismo su propio apuntador, y que procura engañarlos á todos, y hasta engañarse á sí mismo."

LECCION X.

Aplicacion de las teorías expuestas á varias clases de elocuencia.

EL objeto de esta obra es hacer conocer las reglas generales de la elocuencia, y su aplicacion al foro, á la tribuna y á la improvisacion. Mas aparte de estas clases, que forman tipos marcados, hay otras que se deben estudiar, porque tienen su índole propia, si bien corresponden al mismo sistema de principios, y están sujetas á la ley de las analogías. Ellas vienen á formar el completo del orador profano, á quien servirán muchas veces de auxilio, y por lo tanto merecen un exámen mas ó menos detenido.

ELOCUENCIA POPULAR Y DE LA PRENSA.

La elocuencia popular, esa elocuencia que tiene por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, es la que permite vuelos mas atrevidos, imágenes mas valientes,

y emociones mas vivas y profundas. El pueblo no calcula de antemano, ni cambia sus convicciones por su interés. Hay ideas y nombres mágicos que siempre hallan eco en su corazon, y ademas, el orador está libre con él del peligro de la envidia, porque el pueblo es demasiado grande para que pueda ser envidioso. Siempre atiende menos á los adornos del lenguaje, que al nervio y energía de lo que se le dice. Quiere oír cosas grandes, y que se le anuncien con apasionada voz, con ademanes expresivos y con todos los síntomas de conviccion y de entusiasmo. Perdona la incorreccion en gracia al vigor de las ideas, y al calor y vehemencia de las formas que siempre le contagian. ¡Qué grande espectáculo el de esa tribuna inmensa, en que el orador agita ó calma las masas con el soplo de su palabra! ¡Quiere llevarle al combate? Lanza una voz poderosa, que resuena en todos los pechos, como el trueno retumba por los senos de las cavernas, y el pueblo desenvaina el acero y se apresta á la pelea. ¡Quiere despues enfrenar sus ímpetus belicosos? Pronuncia una palabra templada é insinuante, y la multitud mete la espada en la vaina, quedando la mano pegada á la empuñadura, como si esperara una nueva orden de otra nueva inspiracion. ¡Quiere el orador excitarle á la piedad? Derrama por el espacio una voz que invoca la compasion y la lástima, y el pueblo se muestra, mas que nadie, generoso, porque se reconoce, mas que nadie, pobre y desvalido. Esta es la elocuencia por excelencia, elocuencia que toca todas las fibras del corazon, que invade hasta su santuario, que todo lo puede, que todo lo intenta, y que todo lo alcanza. El tribuno habla á las oleadas del pueblo que le rodean extasiadas, y estas ceden doblándose al impulso que les comunica, como las espigas de los

campos se postran al empuje del viento de la tarde.

¡O'Connell! Tú has sido en nuestro siglo, la personificacion gloriosa de este poder invencible. Mientras Mirabeau hablaba á una asamblea que le presentaba émulos y rivales entre los ciegos partidarios de envejecidos abusos, y mientras su palabra soberana encontraba valientes paladines que tenian la osadía de disputarle la victoria, tú, dejando el parlamento que era muy estrecha cárcel á tus inconmensurables concepciones, volabas á colocar tu tribuna al pié de las montañas de tu patria, y allí, rodeado y bendecido de todo un pueblo, eras á la vez su tribuno, su rey y su dios. Tu palabra era poderosa y terrible, como las olas que azotan las playas de tu tierra natal; tus ecos se difundian como los vapores del terremoto, y á tus acentos, una nacion entera levantaba sus manos al cielo, pidiendo justicia y libertad. Tú eras el dueño absoluto de aquel universo, señalado por los límites de los mares; el pueblo se apiñaba á tu alrededor para recibir de tu boca palabras, inspiraciones, mandatos, creencias, religion, esperanzas; y asemejándote al padre de la creacion, te bastaba decir: "hágase" para ser al instante obedecido. Tú colocaste la espada de tu elocuencia al lado de la espada con que Napoleon escribia y encadenaba los destinos de la Europa: ¡mas qué diferencia! El conquistaba para oprimir, para borrar la palabra libertad del diccionario de los paises que se prosternaban al reverbero de sus armas; y tú eras fuerte para ser justo, y adorado de tus conciudadanos, para llevarlos por la libertad al término de la dicha. La muerte no ha bastado para relegarte al olvido tu nombre: Has desaparecido como el sol para alumbrar nuevos mundos, y como él, nos has dejado en tu ocaso, vivos á la par que melancólicos resplandores.

Pasemos á la elocuencia de la prensa, que forma un verdadero poder en los estados. Los libros recorren el mundo, atraviesan los mares, reciben en cada país un nuevo bautismo, y forman, por las ideas que difunden, el núcleo de la humanidad. Nada civiliza tanto á los pueblos, como la lectura que ilustra su razon, á la par que desarrolla la sensibilidad de su carácter. Chateaubriand ha contribuido en gran manera á esto último, con sus inmortales obras. Guiado siempre por una imaginacion brillante y sin límites, nos ha dejado pinturas tan acabadas, descripciones tan bellas, cuadros de tan profunda y tierna emocion, que al leerlos, nos creemos trasportados á una region etérea y divina. El ha embellecido cuanto ha tocado, y triunfa siempre de nosotros por una de esas imágenes que solo han cruzado por su cabeza, ó por una de esas palabras que solo ha grabado su pluma.

Mas aparte de los libros, está la prensa periódica, están los folletos, que tienen realmente una mision social, y que deben sujetarse á reglas y á principios. Cualquiera puede ser escritor, en tanto que no á todos es permitido ser oradores; y sin embargo, es mas fácil ser buen orador, que buen escritor. En la elocuencia se permite alguna incorreccion, alguna desigualdad, y el orador tiene mil medios de disimular sus defectos, en tanto que lo que se escribe, debe ajustarse á reglas inflexibles, y se entrega al prolijo exámen de los lectores, de quienes no hay que esperar ni generosidad ni favor. El auditorio es siempre apasionado é indulgente; los lectores por el contrario, son rígidos y severos. El orador tiene en su auxilio la accion, la inflexion y los ademanes, que ocultan muchas imperfecciones; el escritor entrega su obra á un análisis lento y escrupuloso, y la abandona en ma-

nos de censores que la desentrañarán y calificarán en calma, sin que nada ni nadie pueda defenderla. Al orador se le escucha con entusiasmo, porque habla á la passion, que es ciega; al autor se le juzga con severidad, y tal vez con injusticia, porque se dirige á la reflexion, que mide y calcula. Las palabras del orador se recogen con avidez, en una atmósfera de seduccion y de ilusiones, en tanto que un escrito se lee, comenta y repasa, en una atmósfera de prevenciones, de frialdad y de rigidez. El orador triunfa fácilmente, porque se dirige á los sentidos y á las imaginaciones embriagadas; el escritor sucumbe, ó se salva con trabajo, porque habla á los espíritus siempre despiertos y siempre recelosos.

Si se quiere apreciar en su justo valor esta notable diferencia, tómese el discurso que mas háyamos admirado, que mas nos haya hecho gozar y sentir; analícese con detenimiento, y aunque sea exactamente el mismo que antes escuchamos, porque se haya copiado sin faltarle una letra, le encontraremos lleno de defectos, y apenas acertaremos á explicarnos tan completa y sorprendente trasformacion. ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido? Que el papel es un instrumento sin diapason, que no puede variar los tonos, producir la armonía, y despertar los sentimientos; en tanto que la palabra es un instrumento completo y sonoro, con todas las escalas y con todos los medios de expresar y hacer sentir: que el papel es un cadáver, que no presenta sino una fisonomía pálida y descarnada en un cuerpo sin movimiento ni accion, y la palabra es el cuerpo vivo y lleno de movilidad, con una fisonomía animada y voluble.

El mismo fenómeno se observa entre las reminiscencias de lo que se ha leído y de lo que se ha escuchado. Lo primero habla al alma con un lenguaje mudo y mis-

terioso, lenguaje que afecta sin grabar, en tanto que lo segundo, penetra y se graba profundamente, porque viene acompañado de mil formas externas, que, por decirlo así, lo materializan. Lo leído se evapora y disipa bien pronto, porque ha hablado solo á un sentido: el discurso permanece en la memoria, porque ha hablado á muchos sentidos y al espíritu á la vez, y así, resuena sin cesar, en el oído y en el corazón, el arrullo ó el trueno de una palabra dulce ó terrible.

Y sin embargo de estas diferencias, ambos medios se comparten el dominio del mundo, y son las verdaderas palancas de la civilización y voluntad de los pueblos. Con razón, pues, se ha dicho: "Los oradores y los escritores son reyes de la inteligencia, y la inteligencia concluirá por gobernar el universo."

Chateaubriand en sus folletos, se ha mostrado muy diferente del Chateaubriand de las demás obras. En estas, amenidad, erudición, pensamientos elevados, imágenes felices, todo lo que puede interesar y conmover: en aquellos, la contradicción, la perplejidad y la duda de quien lucha consigo mismo, porque no puede conciliar sus sentimientos con sus opiniones. Chateaubriand tenía instintos y presentimientos republicanos; y sin embargo, sus opiniones eran de la monarquía y para la monarquía. "Había en él, ha dicho un autor célebre, un combate continuo entre la razón y las preocupaciones, entre el talento y el corazón. Era publicista mas bien que polemista, y mas bien polemista que libelista; y no parece sino que al arrojar al viento las ligeras hojas de un folleto, ha sentido pasar por sus manos el helado viento de la aristocracia, abandonando, por seguirla, la marcha libre y rápida de sus concepciones.

Este escritor inmortal necesitaba otro campo, en que

su alma se moviese sin ligaduras, sin compromisos y sin estorbos, y en que su imaginación inagotable no tuviese que seguir otro impulso que el de sus emociones. Cuando se mece, como el águila, en este espacio inmenso, abandonado á sí mismo y sin puntos marcados á donde dirigir su vuelo tan elevado como rápido, ¡qué grande y magnífico se nos presenta! Sobre todo, cuando pinta los desórdenes del corazón, la fuerza de las pasiones, la agnía de la razón combatida por ellas, los delirios de amor en la embriaguez de la juventud, en los senos de la naturaleza, y en la soledad de los bosques, su pluma no tiene rival; y el René, la Atala, y el episodio de Velleda en sus *Mártires*, se leerán siempre con una melancolía dulce é intensa, con violentas palpitaciones en el pecho, y con las lágrimas en los ojos.

¡Águila atrevida del pensamiento y de la imaginación! Tú has llegado á donde llegan muy pocos, y de donde probablemente no pasará ninguno. ¡Tú vivirás siempre en tus obras, y al resplandor que arrojan, se leerá con gratitud y con admiración tu nombre! ¡Si éste pudiera morir, tus escritos, que proclaman tu genio, te vendrían del olvido, pues desde el sepulcro, serás el fanal y el maestro de donde reciban luz y lecciones, todos los que quieran escribir ó pronunciar palabras inmortales!

ELOCUCIÓN MILITAR.

La elocución militar es una de las que mas grande influencia han tenido en los destinos del mundo. Embriagar á los hombres para hacerles correr ciegamente tras la imagen dorada de la gloria; exaltar su espíritu hasta lograr que vayan á la muerte con la misma alegría con que marcharían á un festín, y entusiasmarlos hasta

el punto de hacerles olvidar en el fragor de la pelea, sus padres, sus hijos y sus esposas, para pensar solo en el ídolo que tienen á la vista, la patria y la bandera que la simboliza, es la prueba mas difícil y mas sublime que puede hacerse del poder de la palabra. Las victorias de Napoleon se debieron en gran parte á esta palabra de fuego, que salia de la boca del caudillo, pára penetrar en las filas, y transmitir al soldado todo el entusiasmo, toda la arrogancia y toda la magnanimidad del gefe. En tales momentos, todo desaparece para el guerrero: no tiene mas que un impulso, el que le lleva á combatir: no tiene mas que un deseo, el de la victoria. La máquina que se mueve por estos resortes, debe mandar una fuerza inmensa.

El cuadro de la elocuencia militar de los antiguos, ha recibido sin duda una exageracion inverosímil en la pluma de los historiadores y de los poetas. Homero y Virgilio nos representan á sus héroes pronunciando arengas vehementes, con las cuales animaban al soldado, transmitiéndole el ardimiento de que ellos estaban poseidos; pero no es de creer que hombres por lo comun rudos, se mostrasen conocedores del arte, con la perfeccion que les ha prestado el genio que despues ha contado sus hazañas, ni es posible que aquellos razonamientos fuesen oídos por un ejército numeroso, colocado en una extensa línea, y en medio del estruendo de los combates, ó del confuso rumor de los campamentos. Lo mas que podremos conceder á aquellos caudillos, serán palabras sueltas, frases cortadas y vivas, capaces de inflamar el ánimo y de despertar la bravura.

César se presenta, en medio de la noche de aquellos tiempos, como un astro refulgente. Soldado, escritor y orador á la vez, refirió en sus comentarios sus batallas.

y sus discursos; pero de suponer es que los haya presentado con una extension y un colorido que antes no tuvieron, y que deseara por este medio, dar mayor realce á sus hechos, cuando sácio y fatigado de lo presente, empezó á pensar en la posteridad.

En los ejércitos de los tiempos modernos, las arengas ó proclamas se escriben en la órden del dia, circulan por las filas, y despues vienen á parar al dominio de la imprenta. Nadie como Napoleon ha sabido anunciar en estas lacónicas producciones, ideas osadas, pensamientos atrevidos, imágenes brillantes, y todo lo que puede inflamar y conmover. Su lenguaje es cortado; pero rico y espléndido. Conoce la parte que debe herir, y su palabra penetra en ella, como una saeta chispeante. Mueve el corazón del soldado, como si tuviese en su mano el resorte de su accion; y todo lo puede con sus ejércitos, porque los hace elevarse á la altura de sus concepciones y de su arrogancia, y para él no hay nada imposible. Citaremos algunos trozos de sus proclamas, que han sido traducidas, para que se conozca la índole y el poder de este género de elocuencia. No vemos en ellas solo frases cortadas, hijas del arrojó ó de la desesperacion, como en otros guerreros. No se contenta con decir como Leonidas al hacerle observar que los dardos del enemigo eran tantos, que oscurecian el sol: "Tanto mejor, así peharemos á la sombra." No dice como César cuando cae, al desembarcar en Africa: "Africa; ya te oprimo con mi peso." Ni como Enrique IV en Coutras: "Apartaos, señores, no me oculteis, quiero presentar mi pecho." Estos pensamientos cortados hubieran sido muy poco para una imaginacion tan rica y fecunda, y en un general, que segun la expresion de Kleber, era tan grande como el mundo. Apenas toma el mando del

ejército de Italia, encadena á sus armas la suerte de los combates, y vuela de triunfo en triunfo con una rapidez maravillosa. Dirígese á sus legiones, y les dice:

“Soldados: en quince dias habeis conseguido seis victorias, habeis tomado veintiuna banderas, cincuenta piezas de artillería, y muchas plazas fuertes. Habeis hecho mil quinientos prisioneros, y mas de diez mil hombres muertos ó heridos. Desprovistos de todo, habeis sabido suplirlo todo. Habeis ganado las batallas sin artillería, pasado los rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente, y á veces sin pan. Solo las falanges republicanas, los soldados de la libertad, son capaces de sufrir lo que vosotros habeis sufrido. ¡Os doy gracias, soldados! La patria tiene derecho á esperar de vosotros grandes cosas. Teneis todavía muchos combates que dar, muchas ciudades que tomar, muchos rios que pasar. ¿Hay alguno de vosotros cuyo valor se amortigüe? ¿Hay alguno que prefiera volver á repasar las cumbres estériles del Apennino y de los Alpes, sufriendo con paciencia las injurias de esta soldadesca esclava? No: entre vosotros no se hallan mas que los vencedores de Monttenote, de Millesimo, de Dego y de Mondovi. ¡Camaradas! Yo os prometo esta gloriosa conquista; pero sed los libertadores de los pueblos, y no su azote.”

Desde entonces, Napoleon corre en pos de una fortuna siempre creciente: los sucesos son cada dia de mayor magnitud, y en la misma proporcion se eleva y engrandece su lenguaje. Cada encuentro es una victoria, y la huella de sus pasos se señala por los laureles que recoge y deja en su marcha rápida. Llega á Milan, y con aire satisfecho dice á sus soldados:

“Os habeis precipitado como un torrente, desde lo al-

to de los Apeninos. El Piamonte se ha entregado, Milan es vuestro, y nuestro pabellon ondea en toda la Lombardia. Habeis pasado el Póo, el Tesino y el Adda, esos baluartes tan poderosos de Italia. Vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras amadas, se gozan en vuestros triunfos, y se alaban de tener el orgullo de perteneceros. Sí, soldados: mucho habeis hecho; pero ¿no os falta ya nada que hacer? La posteridad os echará en cara haber encontrado á Cápua en la Lombardia. Partamos. Tenemos todavía marchas forzadas que emprender, enemigos que someter, laureles que coger, injurias que vengar. Restablecer el Capitolio y las estatuas de sus héroes; regenerar el pueblo romano, adormecido por muchos siglos de esclavitud; he aquí lo que os resta que hacer. Entonces volvereis á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán señalándoos: “¿Ese fué del ejército de Italia!”

Emprende despues la expedicion á Egipto, llega á aquella tierra de fanatismo, de recelo y de profundo resentimiento por los ultrajes recibidos; y se vale de aquel fanatismo, y procura calmar aquellos recelos, y halagar aquellos resentimientos, prometiendo reparacion y venganza, por medio de la manifestacion siguiente:

“¡Cadís, Cheiks, Imanes, Chorbadgys! Se os dirá que vengo para destruir vuestra religion: no lo creais. Responded que vengo para restablecer vuestros derechos, y para castigar á vuestros usurpadores, y que respeto mas que los mamelucos, á Dios, á su profeta y al Coran. Decid al pueblo, que todos los hombres son iguales ante Dios. La sabiduría, los talentos y las virtudes, son únicamente los que establecen diferencia entre ellos. ¿Hay aquí una hermosa tierra? Pues pertenece á los mamelucos. ¿Hay una hermosa esclava, un hermoso caballo,

ó una bella casa? Todo pertenece á los mamelucos. Si el Egipto es su patrimonio, que os presenten los títulos que Dios les ha otorgado. Pero Dios es justo y misericordioso para con el pueblo: todos los egipcios serán llamados á administrar los empleos. Que los mas sábios, los mas esclarecidos, los mas virtuosos, gobiernen, y el pueblo será feliz. En otro tiempo habia entre vosotros grandes ciudades, grandes canales y un gran comercio. ¿Quién lo ha destruido todo sino la avaricia, las injusticias y la tiranía de los mamelucos?

¡Cadís, Cheiks, Imanes, Chorbadgys! decid al pueblo que nosotros somos tambien verdaderos musulmanes. ¿No hemos sido nosotros los que hemos destruido al papa, porque decia que era preciso hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos, pues, amigos del Gran Señor? ¡Tres veces felices los que sean con nosotros! Ellos prosperarán en su fortuna y en su rango. ¡Felices aquellos que permanezcan neutrales! El tiempo les hará conocernos, y se unirán á nosotros. ¡Pero desgraciados tres veces, desgraciados aquellos que se armen en pro de los mamelucos, y combatan contra nosotros! No habrá esperanza para ellos: ¡perecerán!

Sublévase el Cairo; y Napoleon, no contentándose ya con aparecer como un hombre, como un soldado, como un vencedor, como el árbitro de los pueblos, quiere ofrecerse á las imaginaciones exaltadas y fanáticas, como un enviado de Dios, que trae la irrevocable mision de servir á sus designios y de ejecutar sus mandatos.

“Cheiks, Ulemas, sectarios de Mahoma (les dice), haced conocer al pueblo, que los que han sido mis enemigos, no tendrán refugio ni en este mundo ni en el otro. ¿Existe algun hombre tan ciego, que no vea que el destino mismo dirige mis operaciones? Haced conocer al

pueblo, que desde que el mundo es mundo, está escrito que despues de haber destruido los enemigos del Islamismo, despues de abatir la cruz, vendria yo del fondo del Occidente á cumplir la mision que me ha sido impuesta. Haced ver al pueblo que en el santo libro del Corán, en mas de veinte pasages, está previsto lo que ahora sucede, y está igualmente explicado lo que sucederá. Yo podria pedir cuenta á cada uno de vosotros, de los mas ocultos sentimientos de su corazon, porque yo lo sé todo, hasta aquello que no habeis dicho á nadie. Pero un dia llegará en que todo el mundo vea con evidencia, que yo obro por órdenes superiores, y que todos los esfuerzos no pueden nada contra mí.”

Su discurso á los soldados despues de la batalla de Austerlitz, es una obra maestra en que se tocan todos los resortes y se hace llamada á los mas grandes afectos.

“Soldados: estoy satisfecho de vosotros. Habeis condecorado vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido destruido y dispersado por vosotros en menos de cuatro horas. El que ha escapado de vuestras bayonetas, ha encontrado la muerte en los lagos. Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, y mas de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada, para siempre célebre. Esa infantería tan alabada, y en número tan superior, no ha podido resistir á vuestro choque. En adelante no teneis ya rivales que temer. Soldados: cuando el pueblo francés colocó en mi cabeza la corona imperial, confiaba en vosotros para mantenerla siempre en este brillo elevado de gloria que puede solo darla precio á mis ojos. Soldados: pronto os volveré á Francia.